

Aprendiendo a vivir

Seudónimo: Kielce

Ha empezado a llover, observo cómo corren los pocos que osan desplazarse huyendo de la lluvia. Yo contemplo todo lo que acontece en esta plazoleta desde el ventanal de mi dormitorio, situado en un segundo piso de uno de los bloques que conforman esta plazoleta. Valle-Inclán decía sobre sus personajes, que hay tres formas de enfrentarse a ellos, así como a la propia realidad, desde abajo, de frente y desde arriba, y a esta tercera perspectiva o forma de contemplar la realidad es a lo que denominó esperpento. Extrapolando esta idea a mi propia existencia y más en concreto, al lugar privilegiado desde el que oteo la realidad que me rodea, debiera observar a los viandantes como muñecos, como seres pequeños, minúsculos, pero mal me temo que no solo no es así, sino que se han invertido los roles, ya que a pesar de ser yo el que está arriba y de lo que Valle-Inclán decía, soy yo el títere, y todo por la irresponsabilidad de un ser indigno y despreciable.

Y por fin, como cada día, por el mismo sitio y a la misma hora, la veo aparecer desde mi atalaya, exultante, espléndida. La admiro desde mi atalaya, oculto tras los visillos del ventanal para que no me vea, como si mi comportamiento fuese delictivo, innoble y rastrero. Ya va para cinco años que la espío. Cada mañana, como por arte de magia, Susana reaparece unos segundos ante mis ojos, la contemplo el tiempo que dura su paso por la plazoleta y vuelve a desaparecer como si se tratara de un espejismo, pero sé que es real, puedo jurar incluso que la tuve entre mis brazos y que fue una parte importante de mi vida. Ella mira de soslayo para que no me dé cuenta, como buscándome, sabe lo que hago, pero sé que no me ve. Imagino una sonrisa de sus labios, mientras me dicen un te quiero imposible. A veces quisiera asomarme al ventanal y gritarle, invitarla a subir, para abrazarnos y amarnos como solíamos, pero apenas me hago estos pensamientos, desaparece de mi vista, calle abajo.

Mi madre no tardará en dar un par de toques en la puerta del dormitorio y hacer acto de presencia, cada día espera el momento de entrar, finge no saber lo que hago cada mañana. *¡Buenos días, perezoso!*, me dice, con una sonrisa maravillosa, y comienza su charla rutinaria sobre el tiempo y alguna que otra noticia relevante o de cotilleo en el pueblo. A veces su cara se muestra compungida y triste, como reprochándome mi

cobardía, ella siempre pensó que deberíamos haberlo intentado, que merecíamos otra oportunidad. Yo en cambio no tuve oportunidad ninguna, no tuve elección aquella fatídica mañana de domingo, su recuerdo no me deja dormir, y aunque ya estoy mucho mejor, incluso estuve en tratamiento psiquiátrico para poder superar las ansias de muerte que durante mucho tiempo rondaron mi cabeza.

Aún hoy, cierro los ojos y veo al coche como un lobo hambriento abalanzarse sobre el grupo de amigos ciclistas que cada mañana de domingo quedábamos para hacer ruta y pasar las mañanas de domingo juntos, entre deporte, bromas, risas, desayunos y paisajes nuevos. Yo iba el primero y me llevé la peor parte, lo veo venir e intento esquivarlo, pero no puedo, recuerdo perfectamente cómo impacta contra mí y me lanza por los aires, recuerdo el golpetazo, el crujir de la bici bajos las ruedas del coche. Se ve que he perdido el conocimiento durante unos instantes. Un círculo de amigos me rodea. Intento levantarme, pero no puedo, *¡quieto, no te muevas!*, gritan mis amigos. Estoy aturdido y bañado en sangre. Un hombre de mediana edad se me acerca, supongo que es el conductor, me habla, pero no puedo entender lo que dice, la lengua se le traba, se tambalea, va de un lado a otro, apenas guarda el equilibrio. *No lo vi, no lo vi*, dice con su media lengua, casi sonriendo, parece el títere de una comedia negra, aunque luego entendería que en adelante el títere sería yo. Está borracho. Esto no puede estar pasando. De nuevo me desmayo.

Me despierto. *¡Por Dios, qué pesadilla! Pero, ¡qué es esto!* Estoy en la cama del hospital, frente a mí está ella, Susana, está llorando, me tiene cogida la mano, lo sé porque las veo atadas sobre mi pecho, pero no las siento. Mis padres también lloran. Quiero tranquilizarlos, pero no me sale la voz del cuerpo. Intento moverme en la cama, pero no puedo. Estoy despierto, pero mi cuerpo, sigue dormido, no siento nada. *¡Qué me ocurre?*

Solo tenía dieciocho años esa aciaga mañana de hace ya cinco años, y en un instante todo cambió para mí, para mi familia, para mi novia, para mis amigos... A partir de entonces tuve que aceptar que cuando hablaban de tetrapléjico se referían a mí, y lo más duro, tenía que asimilar que estaba así porque alguien, después de estar toda la noche del sábado de juerga, decidió aquella mañana de domingo conducir en un estado

de absoluta embriaguez sin pensar siquiera que podía suceder lo que sucedió, y entonces deseas con todas tus ansias que él esté en tu cuerpo, sí, le deseas, no la muerte, que casi no sería castigo, no, le deseas que viva en tu cuerpo para que sienta lo que tú sientes, para que se dé cuenta de tamaña injusticia, de que nada de esto tenía que haber pasado si hubiese tomado la decisión responsable. Pero a medida que los días van pasando, te vas dando cuenta que por mucho que lo desees, aquello es solo para ti y para siempre, que nada cambia aunque lo ansíes con toda tu alma. Y poco a poco vas cambiando el formato de tu pensamiento, vas modelando tu enfoque, y dejas de pensar en él para pensar en ti, y te preguntas: *¿Por qué no me mató?* Y la idea de muerte te obsesiona, los pensamientos homicidas te acosan incansablemente, pero te han anulado hasta el punto de no poder ejecutarlos, y piensas que ni para eso dependes de ti, dependes de otros para todo, incluso para poder decidir sobre tu vida o tu muerte. En adelante, la ejecución de cualquier pensamiento, de cualquier idea, de cualquier deseo tuyo, siempre dependerá de otro. Todo depende de los otros. Todo. Yo soy el títere.

Y comienzas con terapia física y psíquica, fisioterapeutas, psicólogos y psiquiatras... Tus seres queridos intentan por todos medios quitar de tu cabeza esa idea de muerte, que se te ha adosado al pensamiento como un huésped perpetuo, y devolverte poco a poco a la vida. Y cuando comienzas a remontar lo mínimo, el grotesco espectáculo del juicio, el seguro intentando buscar responsabilidades y rebajar la indemnización todo lo posible. Querían que yo le explicara con palabras cómo me sentía, puede existir mayor ironía. ¿Cómo podía explicar lo que ni yo mismo podía entender? Si ni yo me reconocía cada mañana ante el espejo, yo, que cada día y durante las veinticuatro horas, tenía que aprender a verme, a aceptarme, a reconocirme, mientras me convencía con el poco argumento que me quedaba, o eso creía, que debía aprender a vivir de nuevo.

Y fue después del juicio cuando decidí abandonar a Susana, junto a otras muchas cosas. Ella aún podía hacer realidad sus sueños, vivir, debía intentarlo, y junto a mí era ya imposible. Al principio no pudo entenderme, lloró y me llamó egoísta, pero sé que hice lo correcto. He estado muy ocupado aprendiendo a conocerme de nuevo, es tanta la capacidad humana de supervivencia, tanta la capacidad del ser humano de adaptación,

tanta su resiliencia. He descubierto tantas capacidades en mí y en los que me rodean y viven el día a día junto a mí, tanto coraje escondido.

Mis padres tuvieron que adaptar la casa a mi nueva situación física, toda mi familia se adaptó a mí. Dependo de ellos para todo. Algo tan sencillo como rascarme o afeitarme se ha convertido en imposible, tienen que hacérmelo todo. No obstante, cada día sigue habiendo en mi vida un segundo mágico, y es al despertarme, cuando todavía, medio en sueños, pienso que todo ha sido una pesadilla, pero al abrir los ojos vuelvo a la realidad, y veo de nuevo a ese extraño atropellándome, caminado hacia mí ebrio, veo cómo apenas se tiene en pie, lo veo hablándome de forma ininteligible, se le traba la lengua, una angustia sobrecogedora se apodera de mí pero no puedo evitar verlo, y es entonces cuando me doy cuenta de que la pesadilla comienza ahora con la vigilia, en vistas de lo cual intento por todos los medios conciliar de nuevo sueño, seguir durmiendo para seguir soñando que soy libre, independiente y autosuficiente, pero ya no lo consigo, y de nuevo y como cada día debo que afrontar los mismos miedos, las mismas angustias, las mismas desilusiones, los mismos traumas, la misma vida un día tras otro, como si el horror de cada día fuera una copia del anterior.

Mis amigos jamás me han abandonado, les pedí que no cambiaran conmigo, que me trataran como siempre, que no quería su lástima ni su compasión sino su amistad. Al menos para ellos quería ser el de siempre, si ellos dejaban de tratarme como uno más del grupo, ¿qué me quedaba? Eso sí, he de reconocer que soy un poco pelma, porque cada viernes les recuerdo que no beban si van a salir de fiesta, y que si beben no conduzcan, les ruego entiendan de la importancia de ponerse al volante y cuando tengan dudas que me recuerden a mí.

Tanto he rumiado lo que sucedió, que en ocasiones he llegado incluso a culparme pensando que yo podía haber cambiado muchas cosas, empezando por no haber salido de ruta con mis amigos aquella mañana, o haber cambiado el itinerario, o la hora, etc. Pero, ¿qué hubiera cambiado? Otro hubiese sido la víctima y entonces llego a la misma conclusión: solo una persona pudo haber cambiado lo que sucedió, él, y él y solo él es el culpable, todo hubiese sido tan sencillo como dejar el coche y volver en taxi, o llamar a un amigo para que lo llevara, él pudo decidir y decidió

irresponsablemente, yo en cambio tuve que aceptar y sufrir las consecuencias de lo que él decidió para esa noche, y lo que decidió fue jugar a la ruleta rusa, no solo con su vida sino con la de otros, y a mí me tocó la bala de la cámara. Sí, lo que a mí me ocurrió no fue un accidente, un accidente es algo fortuito, al azar e imprevisible, en cambio lo que sucedió aquella mañana era algo más que posible, probable y previsible.

Tuve que tomar muchas decisiones, entiendo que unas más acertadas que otras, para mí las más razonables dentro de la sinrazón que vivo. Dejé volar a Susana, la quiero y necesito verla volar, no sería feliz atándola a mi cama y sigo conservando a mis amigos, espero no ser nunca una carga. Mi madre lleva mal algunas cosas, le dije que quería ingresar en un centro en el que me enseñen a no odiar todos los días, que no esté muy lejos de casa ni de mis amigos, en definitiva, de la gente que quiero, para que puedan visitarme, pero no quiero ser una carga para ella toda la vida. No quiero ser una carga para nadie. A ella no le gustó que le dijera eso, dijo que no podía alejarse de mí, que no fuera tan cruel, se enfadó como nunca la había visto y lloró como no la había visto llorar desde el accidente.

Todas estas cosas, me hacen odiar todavía más a este individuo. He intentado olvidarlo, lo digo de verdad, pero no he podido, al contrario, cada día que pasa tengo más motivos para recordarlo. Y es que aquella mañana no solo destrozó mi vida, mi cuerpo, mis sueños y mi futuro, sino que destrozó la vida de todos mis seres queridos, y lo que más me duele es que consiguió algo que nadie había conseguido jamás, ni en los peores momentos, robarle la sonrisa a mi madre. No obstante, hoy por hoy lo tengo claro, buscaré motivos para continuar adelante cada día y tengo la esperanza de que algún día sea diferente. También he intentado perdonarlo, pero tampoco he podido, tengo claro también que él, y solo él, es el culpable.